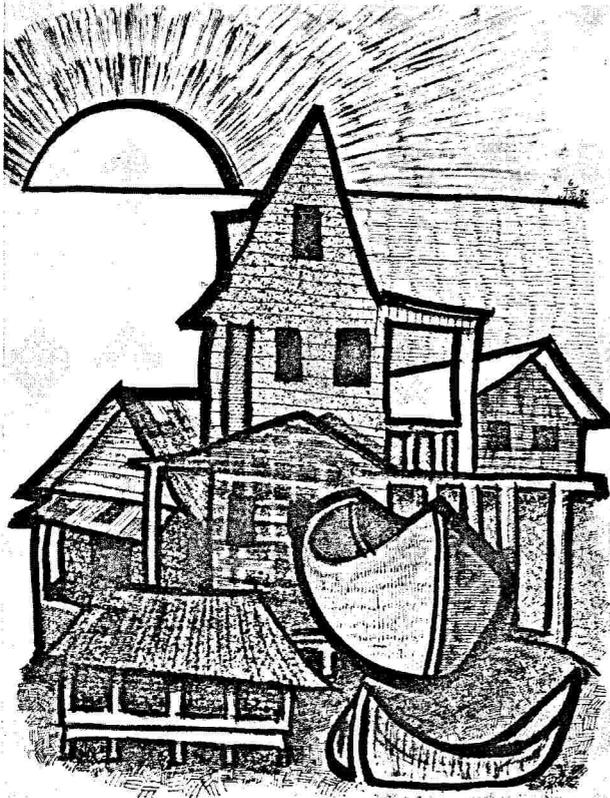


DOS NUEVOS POETAS DESLUMBRADOS POR EL CARIBE



HAUOVER

En una punta de plancha arenosa, el caserío asoma al mar como un lanchón, tembloroso y lento, subiendo la marejada.

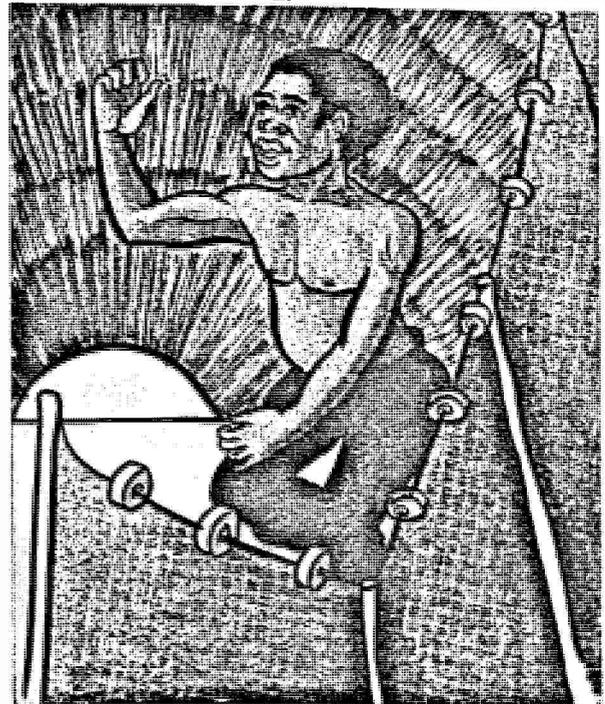
El caserío gris oscuro dormita por la eternidad del invierno y la única calle corre junto al Spanish Creek y se pierde imperceptible con la maleza que crece junto a la corriente.

Los peones de la plantación de Brautigham, vivían en las oscuras casas que circundan la iglesia: un pequeño lanchón anclado, con una torre azul y un copo de nube negra. Sin ídolos ni estatuas, sólo un letrero: "Aquí estuvo Bracamonte, del BIR 8015".

Los negros de Haulover ya no bailan ni cantan, se fueron en los lanchones para la Barra de Punta Gorda o Bluefields. Huían de la guerra. Y dejaron a Ben que se quedó a cuidar este pedazo de arena.

EL RANCHO DE WILLIE ADAMS

Este rancho fue de Willie Adams.
La casa, la familia, el empleo, la costumbre de asaltar el mar en cayuco (un punto oscuro y flotante adentrando el infinito). Sus idas a la plantación y el regreso bajo la lluvia, están aquí, en las rendijas de la choza del negro Willie. El cuerpo hamaca en la noche envuelto en la niebla. Un eco de avemaría resuena en la iglesia en la boca del viejo Ben. El avemaría a la hora del rojo de fuego de los hornos y la tempestad que cae a desparpajo. El sudor corre por el caño. Las grandes redes negras y azules cuelgan de una rama como un recuerdo, olorosas a sal y a pescado. El bote amarrado se bambolea mecido por la brisa. Todo conserva su sitio. El avemaría del viejo Willie en los labios de Ben.



ILUSTRACIONES: TITO CHAMORRO

Manuel Martínez

EL PRISIONERO

Vino con su carabina a matar.
 Envuelto en la penumbra que da
 la luna de papel
 y que a ratos se esconde,
 el prisionero parece un fantasma.
 Este hombre tartamudea y tiembla.
 Abandonó su tierra y dejó a su mujer
 y a los hijos solos en el rancho.
 Por Dios es que luchamos, le dijeron.
 Los burgueses no luchan, ellos mandan.
 Un prisionero lo es en su condición
 de soldado. Pero este hombre
 sólo había peleado con la tierra.
 Quisiera que este hombre
 gritara y me ofendiera, verlo
 firme y serio, dueño de su derrota
 como antes, tal vez con la sequía,
 verlo dudar del destino y su suerte.
 Pero así amusgado y sin dudas
 posibles, temeroso y vencido
 por él mismo, da tristeza.
 ¿O es que su cabeza gacha
 es el grito terrible
 y triste de su derrota?

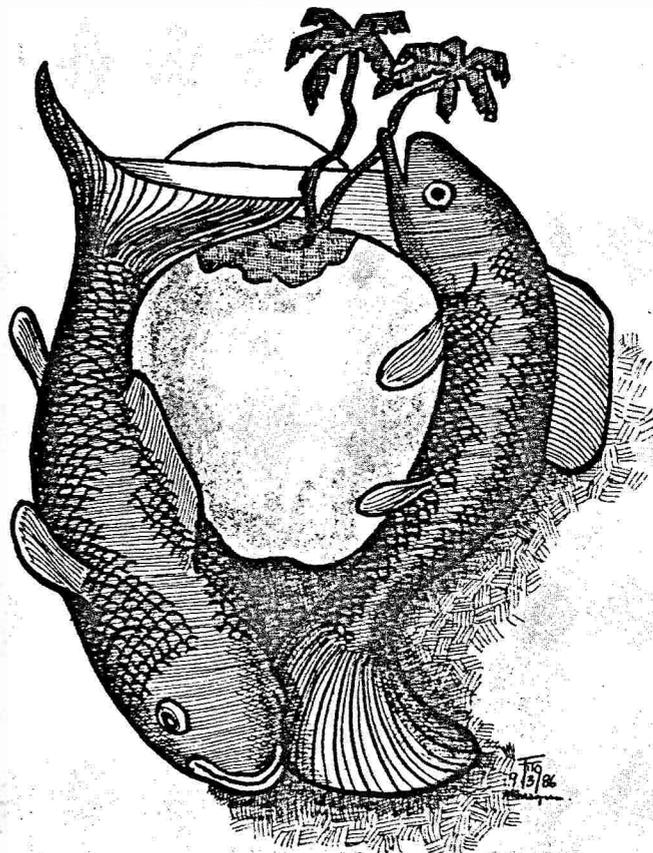


SERIOS COMO LA NOCHE DE LOS PANTANOS

Los suamos y la selva y el mar tienen su propio y oculto movimiento. La rutina de Haulover. Los pelícanos vuelan juguetones mientras una gaviota solitaria, perdida vuela en la lejanía gris. El mar azuloso y verde sube y baja como un columpio y el Caño del Español oscuro y profundo y frío, lleno de cuajipales. Nosotros somos diferentes. La frontera es un límite anormal imaginario, una separación forzosa. Volvemos cuando la tarde declina y ya con las sombras nada se mueve. En la noche, el mar suelta bocanadas de nieblas. En la penumbra que da la luz de un candil los rostros se confunden, Andrés, como si fuera Santos; el mismo entrecejo fruncido y la piel curtida. Denis, el de los ojos saltones como Juan, flaco y bigotón con aire de santo misionero. Y Mario parecido a Juan, la misma dura mirada, idéntico a Ignacio y a Manuel en la risa de niños, y éstos como el otro Juan, irónicos y serios firmes en la encrucijada inevitable. Cansados, y en la danza de la misteriosa lumbre del candil, los rostros desde bujados relumbran en las pupilas temblorosas como las estrellas pálidas en el caño.

REGRESO

El verano es la señal del regreso aquí donde siempre llueve. El verano y las golondrinas y el pesquero que asoma a lo lejos como un punto oscuro que lentamente dibuja la forma visible de un barco. De aquí partimos como recién llegados. Todo y nada nos pertenece. Tal vez sólo sean imágenes grabadas de caseríos abandonados a la orilla del mar, plantaciones improductivas y máquinas dañadas, ríos solitarios y cadáveres tirados en el suelo haciéndose carroña y los heridos desangrándose y nuestros muertos. Todo esto nos pertenece. Todo eso aquí se queda. El viejo Ben y el relevo y el retumbo del Caribe y la llamarada verde de los cocoteros a lo largo de la costa. Nos vamos como cualquier viajero en cualquier puerto. El barco fondeado a la espera calentando motores, amigos que dicen adiós desde la orilla, compañeros que se quedan hasta el próximo verano cuando llegue el relevo.

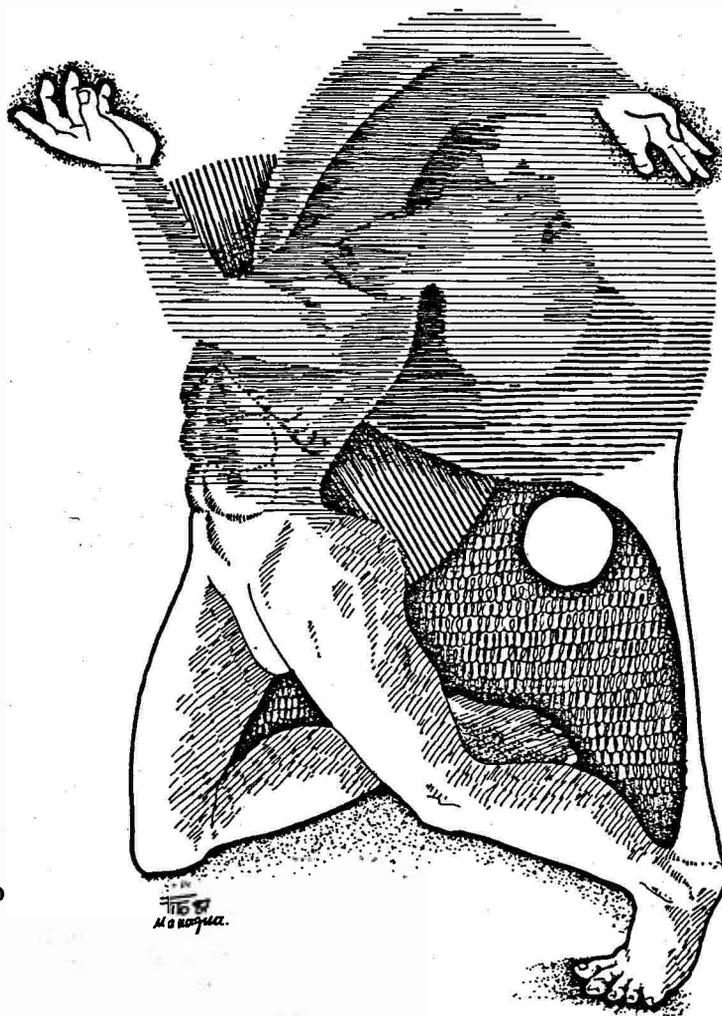


Alvaro Rivas

ATARDECER EN CAMPO ATLANTICO a Ray Hooker

Sube, pájara, sube a la postrera rama,
la que despide al mundo, el puerto de los cielos.
Joaquín Pasos

Cuando el cielo recoge los últimos
colores que con el alba prestó a la tierra
y el día y la noche acuden en entrega amorosa
de trinos y grillos / el verde inmenso del prado toca
en el corazón / la misma cuerda que pulsa
la quietud / del estanque
es la hora de sacudirse al fin a fondo
el polvo de los talones
Y de salir completo al árbol que empina sus ramas
como últimas palabras de un lenguaje apenas percibido
es la hora de aferrar cuanto se pueda la médula astral
el antiguo poderoso silencio.



MORENA EN TIEMPOS DE LLUVIA

I

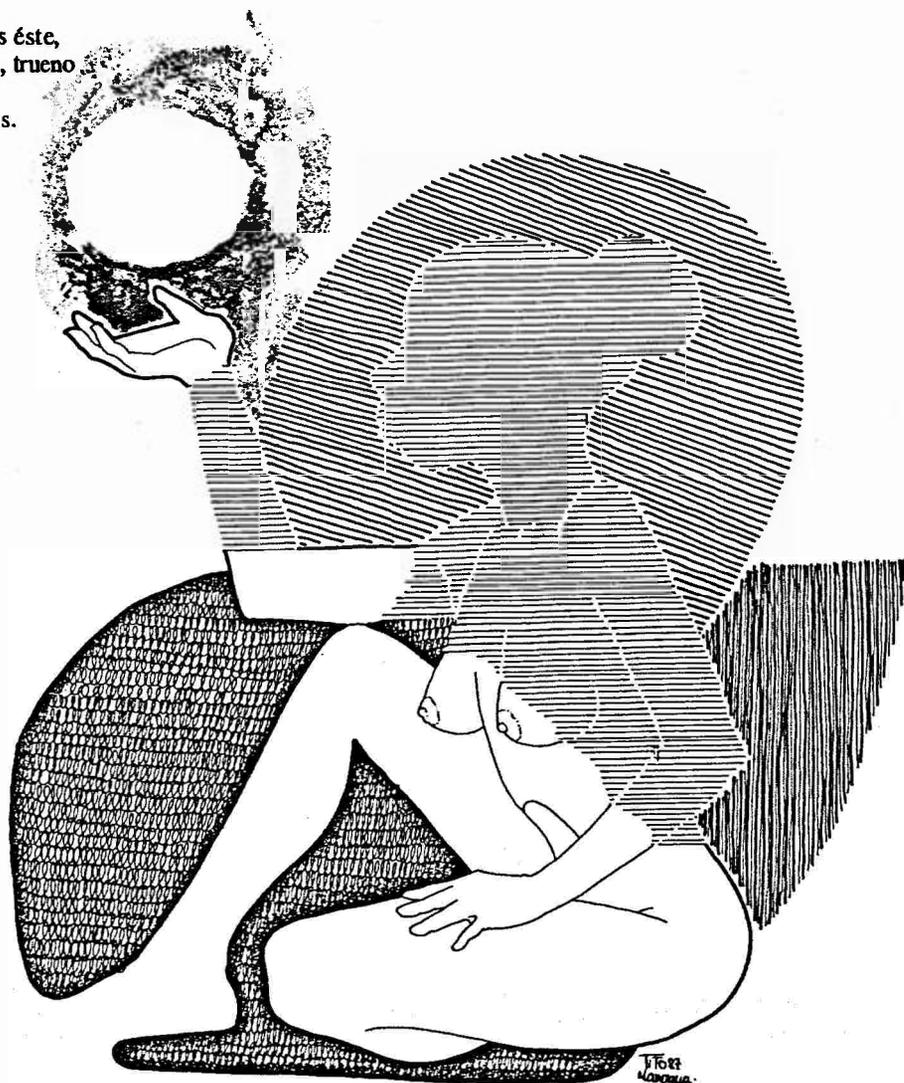
Esperada por el polvo de mis entrañas
como lluvia de mayo, y caída al fin
con el tiempo florido de los malinches.
Estrella oscura —no de brillo, sí de color—,
color de húmedo campo herido por el arado
del amanecer, espiga del riego universal,
espuma que estalla y desaparece.

II

Ahora que sólo es garúa, cansada
la lluvia, y el trueno apenas se esparce perezoso tras
el relámpago, emerge entonces lo dulce de tu recuerdo,
y todo junto adormece, Cristina, adormece.

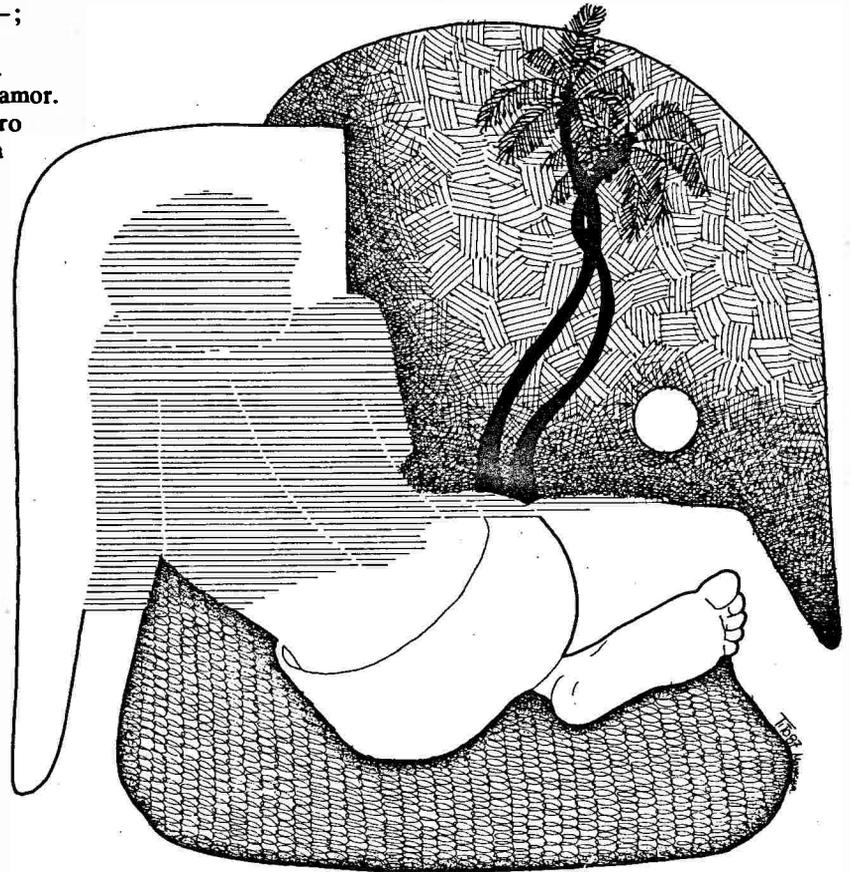
III

Qué trama, espejismo, cruel engaño es éste,
que oculta en besos, lluvia, relámpago, trueno
el fin de todo lo que nos acontece:
adormecernos, Cristina, adormecernos.



AMAIRINT ARALEF ALTA SURIO

Mairin Tara toca en miskito su armónica.
 Con suave y largo beso repasa sus notas
 como el río el recodo donde ella nació.
 Asoman en la melodía nostálgicas lunas llenas
 de guitarra, alfombras de grama, su padre el pastor,
 y los años aquellos de robar las naranjas,
 de subir cocoteros, de cazar mariposas.
 Con los ojos tan lejos se ve tierna la Mairin:
 su pelo es espeso —duro al peine estrecho—;
 su color horneado es regalo del sol;
 y el claro en sus plantas, con que la luz
 se sueña, ella bien lo esconde para darlo al amor.
 Le hace falta su Wanki a la Mairin Tara, pero
 aún guarda esperanza que a su reina inglesa
 llegue su lamento y le alivie el dolor.



BELLEZA A CUESTAS

Llegó de nuevo el mar a mis recuerdos;
 llegó de nuevo, entero en tu figura.
 ¿Recuerdas junto al Puerto?: Te bañabas,
 y se empinaba el mar, ansioso y terco,
 buscando reventar con cada ola
 su espuma entre tus pechos; ¿lo recuerdas?
 Mas detener mi musa ahora quiero,
 y olvidar el conjuro que adivina
 tu sonrisa en la magia del cristal.
 Sí, lo prefiero. Sé que el verso, en tanto
 más se deja atrapar por tu dulzura,
 mayor es la nostalgia que me queda.

MISKUT
(leyenda miskita)

Yo, Miskut, de lejos vine y conocí
 el río de muchos cocos: Wankí.
 Aquí la suite sombreó mi cabellera
 y una luna mira pasar el pecho azul
 del pájaro wiswis.
 Yo supe que en tierra hermana, que el sol
 visita al atardecer, hierro al rojo vivo
 quemó sonrisas y ganas de crecer.
 Aquí el invasor no pudo mirar siquiera
 emerger morenos los pechos alzando
 desnudos los húmedos besos del Wankí.